

hace el mal, ángel guardián, decidle á la hora en que, olvidando voluntariamente la visita que Dios le hizo en la mañana, se prepara para lucir y agradar : *Te condenarás.*

—o—

El patrono á quien M. Harmel había hecho oír esta palabra aterradora, estrechó la mano de ese cristiano que comprendía lo que vale una alma y lo que pesa el cargo de almas, y con voz un poco temblorosa pero firme,

—Yo no me condenaré,—respondió :—ya no dejaré en el abandono á las almas que Dios me ha confiado.

—o—

El Cielo no se abre para aquel que, habiendo tenido cargo de almas en la tierra, se presenta solo á las puertas de la gloria, á menos que sus ojos, hinchados de llorar y su corazón ensangrentado, manifieste el dolor que ha sentido por la pérdida de los suyos, y los sufrimientos que ha soportado para llevarlos á Dios.

¡Oh, qué bien expresa la verdad esta palabra: *cargo de almas!*

Las almas que nos están confiadas, cargan sobre nosotros con todo el peso de los pecados que les dejamos cometer.

## IX

### El puente.

¡Extraña poesía la que vais á leer!

Ella nos trasporta á una atmósfera que no es aquella en que ordinariamente se mantienen las ARENITAS, pequeñas y sencillas piedrecitas á las que es necesario, para cumplir su misión, un gusto más puro, imágenes más palpables, alturas más serenas.

Nosotros admitimos, sin embargo, esta página de un poeta que ha compuesto *con demasiada grandeza*, pero que ha *compuesto con grandeza* porque, después de todo, esta página eleva el alma, y todo lo que eleva nos cae bien.

## EL PUENTE

Ante mis ojos no había más que tinieblas.  
El abismo que no tiene bordes ni cima,  
estaba allí silencioso, inmenso, inmóvil.

Yo me sentía perdido en lo infinito.

En el fondo, á través de la sombra que  
constituía un velo casi impenetrable, se tras-  
lucía á Dios como una estrella luminosa.

Entonces exclamé: ¡Alma mía! ¡Alma mía,  
sería necesario para atravesar este abismo en  
que ningún borde aparece, y para llegar en  
esta misma noche hasta tu Dios sería nece-  
sario levantar un puente gigantesco sobre mi-  
llares de arcadas!

¿Quién lo podrá levantar?

Y, sin embargo, yo tengo necesidad de lle-  
gar á Ti, ¡oh Señor!

Un fantasma blanco se presenta entonces  
á mis ojos, mientras miraba á la sombra con  
espanto. Este fantasma tenía la forma de una  
lágrima.

Tenía frente de virgen y manos de niño. Se

parecía al lirio defendido por su blancura.  
Sus manos, al juntarse, producían la luz.  
Me mostró el abismo adonde va todo polvo.  
Era tan profundo que ni un eco respondía  
á mi voz.

—Si queréis,—me dijo el fantasma,—yo  
levantaré el puente.

Mirélo con ojos espantados, y  
—¿Cuál es tu nombre?—le dije.

Y él me respondió:

— La oración.

—

Sí; es tierna la imagen que me representa  
á la oración llenando el abismo que el peca-  
do ha abierto entre Dios y yo; pero yo pre-  
fiero la imagen más sencilla que produce en  
mi alma esta definición de la oración: *El en-  
cuentro del alma con Dios.*

¡Oh, quién podrá expresar la alegría que en  
este camino de la vida, algunas veces tan de-  
sierta y tan triste, experimenta el alma al en-  
contrarse repentinamente ante Dios!

Ante ese Dios á quien ella ha llamado con

un grito escapado casi contra su voluntad, obligada como estaba por el temor, por la indignidad, por el arrepentimiento y por el amor. Ante Dios que se hace sentir súbitamente á ella y le dice: *¡Soy yo!*

¡Vos, Dios mío!

Y yo puedo teneros cuando quiera, encontraros cuando quiera, vivir con Vos, cerca de Vos, unido íntimamente á Vos, siempre que quiera. ¡Vuestro amor os pone á las órdenes de vuestras criaturas!

Cuando me siento culpable llamo á Dios, y Él se muestra bueno, cariñoso; porque si yo os llamo después de alguna falta, ¡oh Dios mío!, es porque me arrepiento, es porque quiero expiar, quiero volver á Vos.

Cuando me siento enfermo y fatigado llamo á Dios, y viene á hacerme compañía, á aliviar mi sufrimiento, á hacerlo meritorio, á hacerme sentir la abnegación de una madre y la dulce palabra de una Hermana de la Caridad.

Cuando estoy en grave riesgo de sucumbir

á la tentación llamo á Dios, y siento como una fuerza nueva en todos los miembros; y mi alma, como si tuviese alas, vuela y se escapa de las asechanzas del espíritu tentador.

Agobiado bajo el peso insoportable del fastidio llamo á Dios, y siento que la vida vuelve. Es la alegría, es la paz, es el amor.

Recargado de trabajo, rodeado como de una red que se estrecha más y más, no sabiendo qué hacer ni á qué resolverme, llamo á Dios, y la luz se hace; suavemente se disipan las nubes, suavemente se ensancha la red que me oprimía, y veo, y sé y consigo mi objeto.

¡Oh! *Dios y yo*, dulce vida *de dos* en la que todas las cosas son comunes: alegrías, penas, trabajo, fatigas, esperanzas, ¿cuándo, pues, seréis mi vida?

¡Dulce vida *de dos* que presta encanto á todo dolor, añade esplendor á toda luz, alegría á toda dicha, mérito á todo deseo, ¡oh! ¿cuándo serás mi vida?

## X

## Á propósito de encajes.

No había una mujer tan simpática, discreta y amable como la señora B..., ni tampoco quizás había otra de virtud más sólida que ella.

Su marido estaba orgulloso en poseer tal esposa; le gustaba lucirla, y siendo muy rico, jamás objetaba una sola palabra á las continuas demandas de dinero que le hacía. ¡Sabía hacerlas con tanta gracia!

Invitados un día á una tertulia, ella se presentó radiante con una falda notable por sus finísimos encajes, que excitaban la admiración y también la envidia.

En las revueltas del baile, un ligero choque hizo caer algunos hilos de esos encajes, que al momento fueron recogidos por sus officiosas vecinas.

Un instante después rodaba por toda la

sala un burlesco murmullo: «¡Falsos! ¡falsos! ¡Encajes imitados!»

Al día siguiente el marido recibía un billetito con firma ilegible, en el que se burlaban de su *falso lujo*.

La palabra *cursi* es el terror de los maridos.

Preguntada la señora, se puso á reir, y respondió sencillamente:

—Es verdad.

—Pero dirán que estoy arruinado.

—¿Y qué importa con tal que no lo estés?

—Pero, ¿qué haces con el dinero que te doy?

Ella le enseñó un gran registro, conteniendo las cuentas de pan, de ropa dada á los pobres, de pagos de alquiler, etc.

El marido, apretando la mano de su mujer,

—Eres un ángel,—le dijo, casi con lágrimas en los ojos.

—Todavía no,—respondió ella sonriendo,—pero puedo serlo si me obligas menos á presentarme en el mundo.

## XI

## Las lecciones del anciano.

Hace ya mucho tiempo que ha abandonado su sitio, bajo el gran tilo de la aldea, para ir á encontrar otro mejor en el Cielo, el buen anciano á quien llamábamos los niños el *Padre Parábola*.

No se molestaba por esta denominación, y á los más malignos respondía con esa dulce sonrisa, que caía sobre nuestros corazones serena y grata como un rayo de la luz del día: *Para servir á ustedes, niños; mi mercancía no cuesta mucho.*

Él nos la distribuía con amabilidad y gracia que á todos nos encantaban. ¡Tan agradable era su mercancía, con tanta bondad nos la daba y de modo tan paternal, y costándonos muy poco oírle: *comparaciones espirituales, graciosas alegorías*, apropósitos delicados, imágenes llenas de vida y de sentimiento!... Se parecen á esos rosales de otoño

cargados de flores, y que á la menor sacudida dejan caer una lluvia de hojas rosadas y blancas.

Al retirarnos de él nos sentíamos contentos, con el espíritu graciosamente coronado de risueños y útiles pensamientos.

¡Cuántas veces vi yo mi canastillo lleno! No he sabido conservar su primitiva frescura á las flores que en él ponía; pero al menos he sabido acordarme de su perfume, y vengo á repartir un poco de él alrededor de vosotros.

-25-

Un día en el bosque, los niños juntábamos todos las castañas caídas por las sacudidas del viento.

Él se reía de nuestros esfuerzos por arrancar las espinas y entreabrir más fácilmente en seguida la envoltura que esconde el fruto, y nuestros dedos, heridos por ellas, estaban llenos de sangre.

—Os hacéis sangre en los dedos, niños míos,— nos dijo:— es que no sabéis la manera de tomar las castañas. Mirad.

Y buscando un puntito negro cerca del pedúnculo, hincó en él una punta, y la envoltura se abrió sin esfuerzo.

—Así somos todos,—exclamó él:—los defectos nos rodean más ó menos, y si queremos vivir en paz con todos es menester hacerlos á un lado más bien que arrancarlos. Con aquellos que os aman id rectamente hacia el corazón, sin preocuparos demasiado por sus defectos.



En el tiempo en que el trigo estaba maduro, le gustaba llevarnos por los campos y hacernos recoger las azules florecillas que entre ellos crecen; gustábanle aquellas flores quizá porque se asemejaban á sus palabras, siempre agradables, pero siempre mezcladas con pensamientos útiles.

Nos hacía advertir cómo algunas espigas subían mucho y muy rectamente, mientras que otras, apenas crecidas, se inclinaban hacia el suelo.

—Las primeras están vacías,—exclama-

ba,—y las otras llenas: jamás os fiéis de las apariencias, hijos míos. Así sucede entre los hombres: aquel que lleva la cabeza más alta y que pretende mostrarse el primero en todas partes, no es el más rico en buen sentido y en virtud: el mérito es modesto.



Una tarde que bajábamos por la colina, volvimos la cabeza al ruido desagradable de un carro que venía detrás de nosotros.

—Porque no está cargado,—nos dijo entonces,—hace ese ruido tan desagradable. Mientras menos seriedad y sensatez hay en una cabeza, más dejan los labios escapar palabras altivas. Aquel que sabe mucho, reflexiona, y habla con mesura y prudencia; aquel que sabe poco, es siempre el primero en decidir.

—Pero, Padre Parábola, ved allá abajo, en el camino, ese carro que casi queda escondido por las hierbas de que está cargado, y que á pesar de estarlo hace ruido.

—Es que se han olvidado de untar aceite

á las ruedas. El saber es bueno, hijos míos; pero la dulzura que lo distribuye le da un valor que lo hace amar, recibirlo y aprovecharlo. La virtud es hermosa, pero la virtud sin bondad no se hace admirar sino de lejos. Para ser útil, hijos míos, es necesario hacerse amar; para hacerse amar es necesario agradar, y para agradar es necesario poner un poco de aceite en todas las palabras y acciones.



Habíamos salido una mañana de primavera de excursión hacia la montaña, cuando repentinamente una neblina espesa nos ocultó el camino, y nos detuvimos indecisos.

—Adelante, adelante,—nos dijo él:— estas nieblas parecen impenetrables, y no lo son; parecen negras, y no lo son; sumerjámonos en su profundidad, tomando, sin embargo, algunas precauciones, y tapándonos la boca para que no penetren en el pecho, y veréis qué pronto desaparecerán. Así sucede con las dificultades de la vida, hijos míos: es necesario no dejarse asustar nunca y re-

troceder delante de ellas cuando se trata del cumplimiento de un deber. Retroceder en este caso es cobardía. Es necesario mirarlas cara á cara, examinarlas, precaverse contra ellas y hacerles frente con firmeza. Hay pocas cosas en el mundo que puedan resistir á la voluntad humana cuando procede con la debida prudencia y cuando sabe cumplir un deber.



—Nosotros escucharemos todavía vuestras lecciones, amable anciano, y en esos momentos de reposo y de paz, que son tan raros en medio de un trabajo febril que nos consume, y que por lo mismo son tan dulces y tan buenos, volveremos á sentarnos cerca de vos y os diremos: *Habladnos, habladnos aún.*

## XII

### El ángel y el alma.

¿Quién no se ha conmovido piadosamente oyendo cantar delante del Santísimo Sacra-

011727

mento la suave melodía escapada del corazón de un obispo, y en la que un ángel y un alma repiten los dos á la par su ventura?

Permitidme haceros oír aún, en lenguaje más sencillo, este dulce cambio de palabras de un ángel y un alma llamados á hacer media hora de guardia delante del santo Tabernáculo, y hablando los dos de su mutua felicidad.

EL ÁNGEL

Yo soy más feliz que tú, alma por otra parte dichosísima; yo soy más feliz, porque *yo amo más*; ¿el más feliz no es el que ama más? *Amar* es hacer de dos voluntades una sola; y, ¡oh Jesús! ¿mi voluntad no está cerca de la vuestra, unida, fundida en cierto modo con la vuestra?

Yo amo más que tú, porque yo amo *únicamente*. Jesús es el objeto de todos mis pensamientos, de todos mis deseos, de todas mis aspiraciones. Tú tienes padre, madre, ami-

gos: bien sé yo que puedes amarlos en Dios y por Dios; pero ¡qué difícil es contener en sus límites los transportes del afecto y del reconocimiento! Pero yo, ¡ah! ¡yo amo á Jesús! ¡nada más que á Jesús! Y á vosotras, criaturas de Dios, yo os amo únicamente para llevaros á Jesús.

Yo amo más que tú, porque yo amo más *completamente*. Nada, nada me aparta del amor de Jesús: ni la belleza material, ni la belleza moral, que siempre atrae un poco; ni las necesidades materiales que obligan á dormir, á reposar, á olvidar, aunque sea momentáneamente, á Jesús; ni los negocios, que siempre apartan un poco del pensamiento de Jesús. Nada, nada me detiene en mis transportes hacia Jesús.

Yo amo más que tú, porque amo más *ardientemente*. Yo conozco á Jesús mejor que tú: tú no ves á Jesús sino en enigma; yo le veo cara á cara: tú no ves sino las san-

tas especies, pero yo, yo veo la sonrisa de Jesús, oigo sus palabras, contemplo sus perfecciones, y arrebatado me siento, como á pesar mío, pero muy voluntariamente atraído con una fuerza irresistible y prodigiosa, hacia esta belleza siempre antigua y siempre nueva.



Sí, sí, yo soy más feliz que tú porque amo mas que tú.

EL ALMA

Paréceme que yo soy más feliz que tú porque me siento amada de una manera más sensible. ¡Oh! Es muy hermoso amar, consagrarse, entregarse; hay, ciertamente, algo muy grande en todo esto; pero para mí, unida á los sentidos, es mucho más dulce ser amada.

Angel, hermano mío, yo envidio tu dicha; pero tú también envidias la mía.



A ti jamás dijo Jesús: *Lláname tu padre.*

Él es tu Dios como es el mío, tu criador lo mismo que mío. Él es tu Padre: ¿pero te ha mandado alguna vez que le des este nombre? ¿Conoces la dicha que produce en el alma este nombre de Padre dado á Dios? Un padre es la ternura, es la fuerza, es la riqueza, es la protección, es el perdón, es todo lo que el corazón puede desear. ¿Has sentido alguna vez el amor de un padre?



A ti jamás dijo Jesús: *Tú eres mi hermano;* pero me lo dijo á mí, y la sangre que corre en mis venas corre también en las tuyas; y cuando dice á la Santísima Virgen: *Madre mía,* yo puedo como Él, y con tanto derecho como Él, decirle también: *Madre mía.*—¿Has sentido el amor fraternal?



A ti Jesús ha dicho: *Adórame, ámame,* permanece cerca de mí; pero no te ha dicho esa otra palabra, colmo del amor: *Cómeme, y de mi carne y de la tuya no se formará más que una; y de mi ser y de tu ser no se*

*formará más que un ser.*—¿Has gustado la santa Comunión?

→

A ti te ha preservado de las manchas, y éste es, lo comprendo, el acto más grande de amor; pero á mí me ha perdonado; ha venido á buscarme en el fango en que había caído, y me ha elevado hasta Él. ¡Oh! Es necesario ser muy amado para ser objeto de un perdón tan generoso.—¿Has sentido alguna vez las emociones del perdón?

↔

Sí, sí, yo soy más feliz que tú porque me siento más amada que tú.

↔

El ángel sonrió dulcemente al alma, que parecía haber triunfado.

—Sí,—le dijo:—tú eres más amada de una manera más sensible al menos; sí, tú puedes más sensiblemente manifestarle tu amor, porque tú puedes sufrir algo por Jesús; pero, pobre alma, hay algo que me hace más feliz que tú.

Y con voz un tanto conmovida, el ángel murmuró en voz baja:

—Tú puedes ofender á Jesús, y yo no le puedo ofender.

Entonces el alma inclinó la cabeza, y murmuró tristemente:

—¡Sí, ángel del paraíso, tú eres más feliz que yo!

### XIII

#### Un modelo al alcance de todos.

¿Quién no ha deseado algunas veces tener cerca de sí un modelo que *dulce y discretamente* le indique su deber?

Pues bien: ese modelo ahí está; cerca de ti, ¡oh niña!, ¡oh joven!, ¡oh madre de familia! Pasa todos los días bajo vuestros ojos; vive en vuestra casa; es silencioso, discreto, paciente.

Dejadme referiros sus virtudes, sus funciones, su naturaleza. Acaso; cuando os las haya hecho conocer, digáis con sentimiento

de vergüenza: ¿Por qué la he desconocido durante tanto tiempo?

#### I.—SUS VIRTUDES

*Ella trabaja*, y no es ni agradecida ni loada, sino la mano á quien ayuda, y que sin ella nada podría hacer.

Ella trabaja, y una vez que acaba de trabajar es relegada á un rincón y olvidada completamente; se la oculta de las miradas, como un objeto de que se cuida poco y que apenas merece ser visto, y mañana, y pasado mañana, lo mismo que ayer, y hoy, y siempre, se mostrará con la misma sumisión y la misma actividad.

Ella trabaja, y con este trabajo de todos los días se va usando lentamente hasta la última fibra de su ser; y llega una hora en que, no siendo buena para nada, es arrojada desdeñosamente á la calle. Un pobre que acierte á pasar recogerá este informe despojo que no tiene nombre, y poco después, en su chimenea casi apagada, se oye un ligero chirrido,

se eleva una viva llamarada; es que este modelo de trabajo, de abnegación, de humildad, por última vez calienta manos entumecidas por el frío, y desaparece confundéndose con el azul del cielo.

¿No es verdad que son muy bellas las virtudes del modelo que os propongo: trabajar, ocultarse, consumirse, morir y desaparecer olvidado?

#### II.—SUS FUNCIONES

Ella es la auxiliadora indispensable de la prosperidad de una familia: en ella hace reinar la limpieza, pues la limpieza es el orden; el orden es el bienestar; el bienestar es el contento; el contento es la virtud; la virtud es el cielo.—Una casa sin ella, es una casa sin atractivo y sin alegría; es una casa que se convierte en ruinas.

Ella es el servidor silencioso y abnegado que se adapta á todas las manos, se adapta á todas las exigencias, se presta á los más distintos empleos. En las torpes manos del niño

aturdido, lo mismo que dirigida por la mano más experta de la mujer laboriosa, permanece siempre la misma, tranquila, laboriosa, funcionando siempre con la misma docilidad. ¿Se la deja? Cesa de trabajar. ¿Se quiere trabajar más? Se ofrece, se presta; está allí, siempre allí, no estorbando jamás.

¿No es verdad que son importantes las funciones de este modelo?

### III.—SU NATURALEZA

Ahora es necesario deciros lo que es este modelo.

Es una reunión de tallos débiles y menudos, recogidos en los montes, donde el jugo vigoroso que suministra un terreno pedregoso los ha alimentado y vigorizado, puestos un poco al sol para que los seque, y pacientemente reunidas por las manos débiles de una mujer ó de un anciano incapaz de un trabajo más fuerte.

¿Adivináis ya su nombre?

¿No intentáis acaso pronunciarlo con una sonrisilla burlesca?

Sí, sí; riete, joven aturdida; pero acuérdate de que, si quieres ser útil y cumplir en medio de tu familia una parte de la misión que Dios te ha confiado, recuerda que debes á menudo poner los ojos en este modelo.

Miradlo: está allí, detrás de esa puerta, inmóvil, paciente, esperando que le pidáis un servicio y una lección.

Este modelo se llama *la escoba*.

### XIV

¿Estoy en el buen camino?

Sí, si no tengo:

Ni rencores en mi corazón,

Ni vanidad en mi espíritu,

Ni singularidad en mis acciones,

Ni egoísmo en mis relaciones de familia ó de amistad,

Ni acritud en mi carácter,

Ni malevolencia en mis juicios,  
Y si cumplo todos mis deberes sin afectación y sin debilidad bajo la mirada de Dios.

## XV

### Estoy perdiendo el tiempo.

Con mucha frecuencia se escapa de los labios, con acento de despecho, esta palabra: «Estoy perdiendo el tiempo», y produce en todo nuestro ser un movimiento de impaciencia que se manifiesta en la actitud, en los movimientos, en el ceño del rostro.

Si alguno, cuya presencia es indispensable para comenzar un trabajo, se hace esperar, «Se pierde el tiempo», exclamamos, y Dios sólo sabe los pensamientos malévolos que nos asaltan contra el autor de este accidente.

Si sufrimos un retardo imprevisto en alguna antesala, «Se pierde el tiempo», decimos, al mismo tiempo que pasamos revista con fe-

bricitante rapidez á todo lo que hubiéramos podido hacer.

Pues bien: si hubiese en nosotros un poco de espíritu cristiano, ¡qué bien y con cuánta utilidad sabríamos emplear útilmente el tiempo que Dios nos concede para encaminarnos directamente á Él!

¿No habéis visto en un retirado rincón de una sala de espera, testigo de vuestra impaciencia, á alguna pobre mujer con el rostro tranquilo y los ojos bajos sin afectación?... Ella espera lo mismo que vos; como vos, más que vos quizá, tendrá negocios urgentes, y, sin embargo, permanece tranquila.

Es que silenciosamente *ora*.

Sabe perfectamente bien que no es perdido el tiempo que nos acerca á Dios, que nos pone en comunicación con Dios, y por eso recorre las cuentas de su rosario ó recita algunas oraciones enriquecidas con indulgencias, pensando en sus pobres muertos.

Decidme: ¿este tiempo es tiempo perdido?

Os hablamos alguna vez de una buena alma que iba por las calles sembrando Avemarías, como en tiempo de epidemia se siembran substancias olorosas que absorben los miasmas y derraman un perfume fortificante; las detenciones forzadas que interrumpen la actividad de nuestra vida son el tiempo, especialmente dado á Dios para esta semilla de oraciones á través de las almas.

¿Sabéis que durante esos minutos que llamáis perdidos en vuestro lenguaje humano, un Padrenuestro ó un Avemaría piadosamente rezados pueden detener el brazo de Dios, pronto á caer sobre un alma culpable, y puede detener en el borde del abismo á un alma fuertemente tentada, é impedirle que cometa un pecado mortal?

¿Sabéis que un Avemaría pronunciada cerca de un alma que está ahí, á vuestro lado, y que no sospecha ese algo de divino de que la rodeáis, puede ser para ella una luz que le muestre el deber que olvidaba, una esperanza que le vuelva la paz, un rayo de alegría

que calme su dolor, un sentimiento de dignidad que le haga cerrar disgustada el mal libro que iba á leer?

¿Sabéis que yendo y viniendo, y pronunciando en voz baja una palabra divina, un grito de misericordia, un acto de amor de Dios en medio de esa multitud que está impregnada de una atmósfera sensual, impía, burlesca, exhalada por los periódicos que andan en todas las manos, haciais una cosa más útil que la que haría quien para perfumar el aire arrojara numerosas gotas de esencia perfumada?

Vos desinfectáis las almas: ¿y esto es perder el tiempo?

No; no serán pérdidas, si no lo queremos, esas horas de retardo y de espera que tan á menudo nos hacen murmurar; serán las mejores horas de nuestro día, porque en ellas nos consagraremos enteramente á salvar las almas de nuestros hermanos.